

LAS MÚLTIPLES CORONAS DEL SALVADOR

Volumen 1 – Sermón No. 282

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 23 DE ENERO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA DE NEW PARK STREET, SOUTHWARK**

“¡Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía! ¡cuánto mejores que el vino tus amores, y el olor de tus unguentos que todas las especias aromáticas! Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa; miel y leche hay debajo de tu lengua; Y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.”
Cantares 4:10-11

Esta noche no intentaré demostrar que el Cantar de los Cantares tiene un significado espiritual. Estoy seguro de que lo tiene. Se ha dicho con frecuencia, y creo que se ha pensado comúnmente, que este cántico fue escrito originalmente por Salomón al casarse con la hija del Faraón. Ahora bien, estoy tan seguro como de mi propia existencia de que éste es uno de los errores más graves que jamás se hayan cometido. No hay nada sobre la hija de Faraón en él. Es, en primer lugar, improbable que se escribiera de ella, y en segundo lugar iré más lejos, y afirmaré que es imposible que pudiera haber sido escrito por Salomón en honor de ella.

Si miras a lo largo de la canción encontrarás que esto es así, en el primer comienzo ella es comparada con una pastora. Ahora bien, todos los pastores son abominaciones para los egipcios, ¿crees, por lo tanto, que Salomón compararía a una princesa egipcia con la misma cosa que ella abominaba?

En segundo lugar, todo el paisaje está en la tierra de Canaán, nada de ello en Egipto, y además de eso, todos los lugares de los que Salomón habla, como Engedi, Líbano, Amana y Damasco, estaban todos fuera del camino, ninguno de ellos habría sido pasado al salir de Egipto hacia Jerusalén, y muy probablemente la princesa egipcia ni siquiera sabía que existían tales lugares, de modo que si Salomón hubiera querido alabarla no habría comparado sus ojos con los estanques de peces de Hesbón, sino que habría hablado de las dulces aguas del Nilo.

Además, no podía ser la hija del faraón. ¿Acaso la hija de Faraón criaba ovejas? y, sin embargo, la persona aquí representada sí lo hacía. ¿La siguió alguna vez el vigilante por las calles y trató de quitarle el velo? Salomón les habría mostrado algo si lo hubieran hecho, por lo tanto eso es imposible.

En un lugar, Salomón la compara con una compañía de caballos en el carro del Faraón. Ahora bien, los caballos eran, entre los israelitas, cosas comunes, y ¿qué habría dicho la hija del Faraón, si Salomón la hubiera comparado con una compañía de caballos? Bien podría haberlo mirado a la cara y haberle dicho: "¿No tienes para mí alguna comparación mejor que los caballos de mi padre?". Es muy improbable que Salomón perpetrara esa locura.

Por lo tanto, es improbable, y casi podríamos decir imposible, que pudiera ser la hija del faraón. Ella nunca vino del Líbano ni de la cima de Amana, muy probablemente nunca oyó hablar de esos lugares, o si oyó hablar de ellos, no pudo haber venido de ellos, pues vino de Egipto. El hecho es que este libro ha sido un enigma para muchos hombres por la sencilla razón de que no fue escrito para ellos en absoluto.

Los hombres cultos y sabios encuentran aquí una piedra en la que se hacen polvo, sólo porque no fue escrito para ellos. Los hombres que están dispuestos a reírse de las Escrituras encuentran aquí una oportunidad para ejercitar su ingenio profano, sólo porque el libro no está escrito para ellos. Los judíos llamaban a este libro "el más sagrado de los santos". No permitían que nadie lo leyera hasta que tuviera treinta años de edad, pues se pensaba que era un libro tan sagrado.

Muchos cristianos que lo leen no pueden entenderlo. Y como dice el buen Joseph Irons: "Esta pequeña época no es propensa a estimar este libro como debe ser estimado, sólo aquellos que han vivido cerca de Jesús han bebido de Su copa, han comido Su carne y bebido Su sangre, sólo aquellos que conocen la plenitud de la palabra 'comunión', pueden sentarse ante este libro con deleite y placer, y para tales hombres estas palabras son como obleas hechas con miel, maná, alimento de ángeles, cada frase es como oro, y cada palabra es como mucho oro fino".

El verdadero creyente que ha vivido cerca de su Maestro encontrará que este libro es una masa, no de oro meramente, pues toda la Palabra de Dios es esto, sino una masa de diamantes centelleantes de resplandor, y todas las cosas que puedas concebir no son comparables con él por su valor incomparable.

Si debo preferir un libro sobre otro, preferiría algunos libros de la Biblia para doctrina, otros para experiencia, otros para ejemplo, otros para enseñanza, pero permítanme preferir este libro sobre todos los demás para compañerismo y comunión.

Cuando el cristiano está más cerca del cielo, éste es el libro que lleva consigo. Hay momentos en los que incluso dejaría atrás los salmos, cuando está de pie en las fronteras de Canaán, cuando está en la tierra de Beulah, y acaba de cruzar el arroyo, y casi puede ver a su Amado a través de las grietas de la nube de tormenta, entonces es cuando puede empezar a

cantar el Cantar de los Cantares de Salomón. Este es casi el único libro que podría cantar en el cielo, pero en su mayor parte, podría cantarlo hasta el final, allí todavía alabando a Aquel que es su eterno amante y amigo.

Con estas observaciones preliminares, vayamos de inmediato al texto. He dicho que Jesús habla a Su iglesia. Ahora, cuando la iglesia alaba a Jesús, ustedes no se maravillan, pues Él merece todo lo que ella puede decir de Él, y diez mil veces más. Cuando usa expresiones tan grandes acerca de Su hermosura, ustedes sienten que se queda muy corta en su poderoso tema, que no hace sino degradarlo con sus comparaciones, pues no puede hacer otra cosa que comparar lo mayor con lo menor, y lo bello y eterno con lo que es mutable y transitorio.

Pero oír a Cristo volverse hacia Su iglesia y parecer decirle: "Tú me has alabado, yo te alabaré; tú piensas mucho de mí, yo pienso otro tanto de ti. Ustedes usan grandes expresiones para referirse a Mí, yo usaré exactamente lo mismo para referirse a ustedes. Dices que Mi amor es mejor que el vino, así es el tuyo para Mí, me dices que todos Mis vestidos huelen a mirra, así huelen los tuyos, dices que Mi palabra es más dulce que la miel para tus labios, así es la tuya para los Míos. Todo lo que puedes decir de Mí, Yo te lo devuelvo, Me veo en tus ojos, puedo ver Mi propia belleza en ti, y todo lo que Me pertenece, te pertenece. Por lo tanto, oh Mi amor, Yo te cantaré de vuelta la canción, tú se la has cantado a tu Amado, y Yo se la cantaré a Mi amado, tú se la has cantado a tu Ishi, Yo se la cantaré a Mi Hephzibah, tú se la has cantado a tu Esposo, Yo se la cantaré a Mi hermana, Mi esposa".

Ahora observen cuán dulcemente canta el Señor Jesús a su esposa. Primero, alaba su amor: "¡Cuán hermoso es tu amor, hermana mía, esposa mía! ¡Cuán mejor es tu amor que el vino!". Luego alaba sus gracias: "El olor de tus ungüentos es mucho mejor que el de todas las especias". Luego alaba sus palabras: "Tus labios, oh esposa mía, destilan como panal de miel". Luego alaba sus pensamientos, las cosas que no salen de su boca, sino que están debajo de su lengua: "Miel y leche hay debajo de tu lengua". Y termina alabando sus obras: "El olor de tus vestidos es como el olor del Líbano".

I. Empieza por el principio entonces, Cristo primero ***alaba el amor de Su pueblo***.

¿Amas a Dios, oyente mío? ¿Amas a Jesús? Si no es así, ¡retírate! Estas cosas no tienen nada que ver contigo, pues si no amas a Cristo, no tienes parte ni suerte en el asunto. Estás en hiel de amargura, y en vínculo de iniquidad.

Pero ¿puedes decir como Pedro, cuando su Maestro le preguntó tres veces: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?"? ¿Puedes decir: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo", y sabes, ¡oh, Señor mío! que mi pena es no amarte más, jadeo por que aumente mi poco amor, que mi corazón se consuma de amor, que el celo de amor a Ti me consuma por completo"? Escuchen entonces, lo que el Señor Jesús les dice esta noche por Su Santo Espíritu, desde esta canción.

Tu amor, por pobre, débil y frío que sea, es muy precioso para el Señor Jesús, de hecho es tan precioso, que Él mismo no puede decir cuán precioso es. Él no dice cuán precioso, sino que dice, "Qué justo". Esta es una expresión que usan los hombres cuando no saben cómo describir algo. Levantan las manos, ponen una nota de exclamación, y dicen: "¡Qué justo! ¡Qué precioso! ¡Cuánto mejor es Tu amor que el vino!".

El hecho es que Jesús valora nuestro amor a tal precio, que el Espíritu Santo, cuando dictó este Cantar de los Cantares, no pudo ver ninguna palabra en todo el lenguaje humano que fuera lo suficientemente grande para exponer la estimación que Cristo tiene de nuestro amor. ¿Has pensado alguna vez en el amor de Cristo hacia ti hasta que tu corazón se ha derretido, mientras tu Amado te hablaba hasta que las lágrimas han corrido por tus ojos, y has creído que podrías hacer como María Magdalena, que podrías besar Sus pies, y lavarlos con tus lágrimas, y enjuagarlos con los cabellos de tu cabeza?

¿Ahora puedes creerlo? Justo lo que tú piensas del amor de Cristo, Cristo piensa del tuyo. Tú valoras Su amor, y tienes razón al hacerlo, pero me temo que todavía lo subestimas. Él valora incluso tu amor, si puedo hablar así, Él le da una estimación mucho más alta que la tuya, Él piensa mucho en poco, Él lo estima no por su fuerza, sino por su sinceridad. "Ah", dice Él, "sí me ama, sí me ama, yo sé que sí, peca, me desobedece, pero aun así sé que me ama, su corazón es sincero, no me ama como meorco, pero aun así me ama".

Jesucristo se deleita con el pensamiento de que Su pueblo lo ama, esto lo alegra y regocija. Así como el pensamiento de Su amor nos alegra, así el pensamiento de nuestro amor lo alegra a Él. Observen cómo lo expresa, dice: "¡Cuánto mejor es vuestro amor que el vino!". Ahora, el vino cuando se usa en las Escrituras, frecuentemente significa dos cosas, un gran lujo, y un gran refrigerio. El vino es un lujo, especialmente en este país, pero incluso en el Oriente, donde había más, el buen vino era todavía algo delicado.

Ahora bien, Jesucristo considera que el amor de Su pueblo es un lujo para Él, y les mostraré que así es. Cuando se sentó en el banquete de Simón el fariseo, no dudo que había copas de vino espumoso sobre la mesa, y que había muchas delicias ricas; pero a Jesucristo no le importaba el vino, ni el banquete. ¿Qué le importaban? El amor de aquella pobre mujer era para Él mucho mejor que el vino. Podía decirle a Simón el fariseo, si Él hubiera querido: "Simón, aparta tus copas de vino, quita tus manjares, ésta es Mi fiesta, la fiesta del amor de Mi pueblo".

Les dije también que el vino se usaba como emblema de refrigerio. Ahora bien, nuestro Salvador ha sido refrescado a menudo por el amor de Su pueblo. "No", dice alguien, "eso no puede ser". Sí, recuerdan una vez cuando estaba cansado y sediento, y se sentó junto al pozo de Samaria. Necesitaba vino para refrescarse, pero no pudo conseguir ni una gota de agua.

Habló a una mujer a la que había amado desde antes de todos los mundos, le infundió nueva vida, y ella al instante quiso darle de beber, pero antes huyó para contar a los samaritanos lo que había oído.

Ahora bien, el Salvador estaba tan encantado con su deseo de hacer el bien, que cuando sus discípulos llegaron, esperaban encontrarlo desmayado, pues había caminado muchas millas fatigosas ese día, así que le preguntaron: "¿De dónde tiene comida?" Y Él respondió: "Tengo una comida que comer que vosotros no conocéis". Fue el amor de aquella mujer lo que lo alimentó. Él había roto su corazón, Él la había ganado para Sí, y cuando Él vio la lágrima rodar de su ojo, y supo que su corazón estaba puesto en Él, Todos sus espíritus revivieron, y Su pobre fuerza flaqueante se fortaleció. Esto fue lo que le animó.

Es más, iré más lejos. Cuando Cristo fue a la cruz, hubo una cosa que lo animó aun en las agonías de la muerte: el pensamiento del amor de su pueblo. ¿No nos dice el apóstol Pablo en Hebreos que nuestro bendito y divino Esposo, el Señor Jesús, "por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio"? ¿Cuál era ese gozo? Pues, el gozo de que Él viera a Su simiente, y que esa simiente lo amara, y que Él tuviera Su amor escrito en sus corazones, en recuerdo de Sus dolores y agonías agonizantes.

Jesús fue animado, incluso en sus agonías de muerte, por el pensamiento del amor de su gente, cuando los toros de Basán rugieron sobre él, y los perros lo aullaron, cuando el sol fue apagado en oscuridad, cuando la mano de su padre era pesada sobre él, cuando las legiones del infierno lo rodearon, cuando las punzadas del cuerpo, y todas las torturas del espíritu lo asediaron, era esto que lo animó, "mi pueblo, es amado por mí, por ellos extendiendo estas manos sangrantes, por ellos será traspasado este corazón, y ¡oh, cómo me amarán, cómo me amarán en la tierra, cómo me amarán espiritualmente en el paraíso!".

Este fue el vino que el Salvador tuvo que beber, esta fue la copa de su deliciosa alegría que le hizo soportar todos estos dolores sin una murmuración, y este fue el significado de estas palabras de Jesús: "¡Cuánto mejor es tu amor que el vino!"

Haz una pausa aquí, alma mía, para contemplar un momento y dejar que tu gozo descanse un poco. Jesucristo tiene banquetes en el cielo como nunca hemos probado, y sin embargo no se alimenta allí. Él tiene vinos en el cielo mucho más ricos que todas las uvas de Eshcol podrían producir, pero ¿dónde busca Sus vinos? En nuestros corazones, amigos míos, en nuestros corazones. Ni todo el amor de los ángeles, ni todas las alegrías del paraíso le son tan queridas como el amor de su pobre pueblo, salpicado de pecado y rodeado de enfermedad.

¿No es ese un pensamiento? Yo puedo predicar acerca de ello, sólo puedo decírtelo a ti, léelo, márcalo, apréndelo, y digiérelo interiormente, y oh, si lo vieras a Él de pie aquí esta

noche, y mirándote a los ojos, y diciéndote personalmente: "Tú me amas, yo sé que tú me amas, tu amor es para Mí mucho mejor que el vino", ¿no caerías a Sus pies y dirías: "Señor, es mi amor tan dulce para Ti? entonces, vergüenza me daría darte tan poco de él".

Y entonces irrumpirías en la canción de Krishna Pal, que hemos cantado esta mañana...

***"Oh ahora, alma mía, no olvides más al Señor que cargó con toda tu miseria,
ni a Aquel que dejó su trono,
y por tu vida entregó la suya".***

Este es el primer punto, el amor del creyente es dulce a Cristo.

II. No se imaginen, sin embargo, que Cristo desprecia nuestra fe, o nuestra esperanza, o nuestra paciencia, o nuestra humildad. Todas estas **gracias** son preciosas para Él, y se describen en la siguiente frase bajo el título de unguento, y el funcionamiento de estas gracias, su ejercicio y desarrollo, se comparan con el olor del unguento.

Ahora bien, tanto el vino como el unguento se usaban en los sacrificios de los judíos, la mirra de olor dulce y las especias se usaban en las ofrendas de carne y en las ofrendas de bebida ante el Señor. "Pero", dice Jesucristo a su iglesia, "todas estas ofrendas de vino, y toda esa quema de incienso no es nada para Mí comparado con vuestras gracias. Vuestro amor es Mi vino, vuestras virtudes son Mis ungüentos de dulce aroma".

Por ahora tienes un poco de fe, pero oh, qué poca es. Parece que tienes sólo la fe suficiente para saber cuán incrédulo eres, tienes amor, pero de alguna manera sólo tienes el amor suficiente para hacerte saber cuán poco le amas. Tienes algo de humildad, pero sólo tienes la humildad suficiente para descubrir que eres muy orgulloso; tienes algo de celo por Cristo, pero sólo tienes el celo suficiente para reprenderte a ti mismo por ser tan frío; tienes algo de esperanza, pero sólo tienes la esperanza suficiente para que veas cuán desesperado y abatido eres a menudo; tienes algo de paciencia, pero sólo tienes la paciencia suficiente para que aprendas cuán a menudo murmuras cuando no debes.

"Confieso", dices, "que todas mis gracias son un hedor en mis propias narices, y todas las cosas buenas que confío tener, no puedo mirarlas con ningún orgullo o autocomplacencia. Debo enterrarme en polvo y cenizas, e incluso esas cosas, no puedo sino llorarlas, porque están tan estropeadas por mi propia naturaleza malvada".

Pero ahora, entonces, las mismas cosas por las que tú y yo lloramos muy apropiadamente, Cristo se deleita en ellas. Él ama todo esto, el olor puede parecer muy débil y débil, pero Jesús lo observa, Jesús lo huele, Jesús lo ama y Jesús lo aprueba.

Sí, creyente, cuando estás en tu lecho de enfermo y sufres con paciencia, cuando vas por tu humilde camino haciendo el bien a hurtadillas, cuando repartes de tu limosna a los pobres, cuando levantas al cielo tu mirada agradecida, cuando te acercas a Dios con humilde oración, cuando haces confesión de tu pecado a Él, todos estos actos son como el olor del ungüento a Él, el olor de un sabor dulce, y Él es gratificado y complacido.

Oh, Jesús, esto sí que es condescendencia, complacerse en cosas tan pobres como las que tenemos. Oh, esto es amor, esto prueba Tu amor hacia nosotros, que Tú puedes hacer tanto de lo poco, y estimar tan altamente lo que es de tan poco valor.

Alguna vez has visto a un niño que, cuando siente amor en su corazón, va al jardín o al campo y te trae una florecita; puede ser un ranúnculo o una margarita, algo grande para él tal vez, pero una bagatela para ti, sin valor de hecho; la has tomado, y has sonreído y te has sentido feliz porque era una muestra del amor de tu hijo.

Así estima Jesús tus gracias, son Su regalo para ti. Observa, en primer lugar, que son cosas muy pobres en sí mismas, hasta que Él las estima como muestras de tu amor, y se regocija en ellas, y declara que son tan dulces para Él como todas las especias de Arabia, y todos los ricos olores del mercader. Esto es lo segundo.

III. Ahora llegamos a la tercera: "Tus labios, oh esposa mía, destilan como panal de miel". El pueblo de Cristo no es un pueblo mudo, lo fue una vez, pero ahora **habla**.

No creo que un cristiano pueda guardar el secreto que Dios le da, si lo intentara, le reventaría los labios para salir. Cuando Dios pone gracia en tu corazón, puedes tratar de esconderlo, pero esconderlo no puedes. Será como fuego en los huesos, y seguramente encontrará la manera de salir. Ahora la iglesia es una iglesia que habla, una iglesia que predica, y una iglesia que alaba, ella tiene labios y cada creyente encontrará que debe usar sus labios en el servicio de Cristo.

Ahora, no es sino un pobre, pobre asunto que cualquiera de nosotros pueda hablar. Cuando somos más elocuentes en la alabanza de nuestro Señor, ¡cuán lejos quedan nuestras alabanzas por debajo de Su valor! Cuando somos más fervientes en la oración, ¡cuán impotente es nuestra lucha comparada con la gran bendición que buscamos obtener! Cuando nuestro canto es más fuerte, y comienza a ser algo semejante al coro de los ángeles, ¡incluso entonces cuán estropeado está con la discordia de nuestra incredulidad y de nuestra mundanalidad!

Pero Jesucristo no encuentra ninguna falta en lo que dice la Iglesia. Él dice: "No, 'Tus labios, oh esposa mía, caen como el panal de miel'". Ustedes saben que la miel que cae del panal es

la mejor; se llama la miel de la vida. Así que las palabras que salen de los labios del cristiano son las mismas palabras de su vida, su miel de vida, y deben ser dulces para todos. Son tan dulces al gusto del Señor Jesús como las gotas del panal.

Una pequeña advertencia para algunos de vosotros que habláis demasiado. Algunos de vosotros no dejáis que vuestras palabras caigan como un panal de miel, sino que brotan como un gran torrente que barre todo lo que tiene delante, de modo que los demás no podrían meter ni una palabra por los bordes, no, ni aunque se apretara y afilara por un extremo podría entrar. Tienen que hablar, su lengua parece engarzada en una bisagra, como un péndulo, siempre oscilando, oscilando, oscilando.

Ahora bien, Cristo no admira eso. Dice de Su iglesia en Su encomio, sus labios "destilan como panal de miel". Ahora, un panal, cuando cae, no cae tanto como las gotas que caen de los aleros de las casas, porque la miel es espesa, y rica, y por lo tanto toma algún tiempo. Una gota cuelga por un tiempo, luego viene otra, y luego otra, y no todas vienen en rápida sucesión.

Ahora bien, cuando la gente suele hablar mucho, es pobre y escaso, y no sirve para nada; pero cuando tiene algo bueno que decir, cae por gotas lentas como la miel del panal. Nota, no quiero que dejes de decir ni una sola palabra buena. Son esas otras palabras, esas incómodas. ¡Oh, si pudiéramos omitirlas!

Yo mismo soy tan culpable de esto, me temo, como muchos otros. Si pudiéramos hablar la mitad de lo que hablamos, sería, tal vez, el doble de bueno, y si dijéramos sólo la décima parte de lo que hacemos, tal vez seríamos diez veces mejores, pues es sabio el que sabe hablar bien, pero es mucho más sabio el que sabe contener la lengua.

Los labios de la verdadera iglesia, los labios del verdadero creyente, caen como el panal, con ricas palabras, ricos pensamientos, ricas oraciones, ricas alabanzas. "Oh," dice uno, "pero estoy seguro que mis labios no destilan así cuando oro. A veces ni siquiera yo puedo seguir adelante, y cuando estoy cantando no puedo poner mi corazón en ello, y cuando estoy tratando de instruir a otros, siento que soy tan ignorante que no sé nada".

Esa es tu opinión, me alegra que seas tan humilde como para pensar así. Pero Cristo no piensa así. "Ah", dice Él, "ese hombre predicaría si pudiera, ese hombre me honraría mejor si pudiera".

Y Él no mide lo que hacemos, sino lo que queremos hacer, y así es que Él cuenta que nuestros labios caen como el panal de miel. ¿Qué hay más dulce en el mundo que la miel del panal? Pero sea lo que sea lo más dulce para el mundo, las palabras del cristiano son lo más dulce para Cristo.

A veces los creyentes tienen el privilegio de sentarse juntos, y empiezan a hablar de lo que El dijo, y de lo que El sufrió por ellos aquí abajo, empiezan a hablar de Sus glorias excesivas y de Su amor ilimitado e incomparable, empiezan a contarse unos a otros lo que han probado y manejado de la buena palabra de vida, y sus corazones empiezan a arder dentro de ellos cuando hablan de estas cosas por cierto. ¿Sabes que Jesús está en esa habitación?, Jesús sonriente está allí, y Él está diciendo a Su propia alma: "Es bueno estar aquí, los labios de estos mis hermanos caen como el panal de miel, y sus palabras son dulces para Mí".

En otro tiempo el cristiano está solo en su aposento, y habla con su Dios con algunas palabras entrecortadas, y con muchos suspiros, muchas lágrimas y muchos gemidos, y poco piensa que Jesucristo está allí, diciéndole al tal: "Tus labios, oh amado mío, gotean miel como el panal."

Y ahora, cristianos, ¿no hablaréis mucho de Jesús? ¿No hablarán a menudo de Él? ¿No dedicaréis vuestra lengua más continuamente a la oración y a la alabanza, y a hablar para edificación, cuando tenéis un oyente como éste, un auditor que se inclina desde el cielo para escucharos, y que valora cada palabra que pronunciáis para Él?

Oh, es una dulzura predicar cuando la gente escucha y capta cada palabra. Me daría por vencido si tuviera que predicar a una audiencia desatenta. Y sin embargo, no lo sé. Platón, se nos dice, estaba una vez escuchando a un orador, y cuando toda la gente se había ido excepto Platón, el orador continuó con todas sus fuerzas. Cuando le preguntaron por qué continuaba, respondió que Platón era audiencia suficiente para cualquier hombre.

Y ciertamente si al predicar, o al orar, todo el mundo encontrara faltas, y todo el mundo huyera de ello, Jesús es suficiente para ser el oyente para cualquier hombre. Y si Él está satisfecho, si Él dice que nuestras palabras son más dulces que el panal de miel, no nos detendremos, ni todos los demonios del infierno nos detendrán. Podríamos continuar predicando, y alabando, y orando, mientras dure la inmortalidad. Si esto es miel, entonces la miel caerá. Si Cristo lo valora, ponemos Su opinión en contra de toda la opinión del mundo, Él sabe mejor que cualquier otro, Él es el mejor juez, pues Él es el último y final juez; seguiremos hablando de Él, mientras Él sigue diciendo, nuestros labios caen como el panal de miel.

"Pero", dice uno, "si intentara hablar de Jesucristo, no sé qué diría". Si quisieras miel, y nadie te la trajera, supongo que la mejor manera, si estuvieras en el campo, sería criar algunas abejas, ¿no es cierto? Sería muy bueno para ustedes, cristianos, que tuvieran abejas. "Bien", dice uno, "supongo que nuestros pensamientos deben ser las abejas. Siempre debemos estar buscando buenos pensamientos, y volando hacia las flores donde se encuentran, por medio de la lectura, la meditación y la oración, debemos enviar abejas fuera de la colmena".

Ciertamente, si no leen sus Biblias, no tendrán miel, porque no tienen abejas. Pero cuando leen sus Biblias y estudian esos preciosos textos, es como si las abejas se posaran en las flores y chuparan su dulzura. Hay muchos otros libros, aunque la Biblia es el principal, que podéis leer con gran provecho, sobre los cuales vuestros pensamientos pueden ocuparse como abejas entre las flores.

Y entonces debéis asistir continuamente a los medios de gracia, debéis escuchar a menudo la predicación de la Palabra, y si oís a un ministro que es una planta de la diestra del Señor, y creéis en lo que oís, seréis como abejas que chupan la dulzura de las flores, y vuestros labios serán como el panal de miel. Pero algunas personas no tienen nada en la cabeza, y es probable que nunca lo tengan, porque son tan sabios que no pueden aprender, y son tan necios que nunca enseñarán.

Algunos desperdician el tiempo que ellos tienen. Ahora yo quisiera que mi gente leyera mucho la Palabra de Dios, y la estudiara, y luego leyera tales libros que la ilustraran. Les diré dónde he estado tomando un poco últimamente, y a menudo he bebido tomado de él, es este libro del Cantar de los Cantares de Salomón. Es uno de mis libros favoritos. Y hay un dulce librito de Joseph Irons, llamado "Nymphas", una explicación en verso en blanco. Si alguno de ustedes tiene ese librito, pongan a sus abejas a trabajar en él, y si no chupan miel de él, estoy muy equivocado.

Entonces deja que las abejas traigan la miel a la colmena de tu memoria, y que se añada a los almacenes de tu mente, y de esta manera te enriquecerás en cosas preciosas, de modo que cuando hables, los santos serán edificados, tus oraciones estarán llenas de tuétano y grasa, y tus alabanzas tendrán algo en ellas, porque has enviado bien a tus abejas, y por lo tanto tus labios destilarán como el panal de miel.

IV. Esto nos lleva al siguiente tema: "*Miel y leche hay debajo de tu lengua*".

Cuando predico, me parece necesario tener una buena reserva de palabras bajo la lengua, además de las que están en ella. Es una curiosa operación de la mente en el hombre que predica continuamente.

A veces, mientras les estoy hablando, pienso en lo que voy a decir al final de mi sermón, y cuando pienso en la gente que está abajo o en la galería, y en cómo alcanzaré al señor Fulano de Tal, sigo hablando, hablando con todo mi corazón sobre el tema al que me estoy dirigiendo a ustedes.

Es porque al predicar continuamente adquirimos el hábito de mantener las palabras bajo nuestra lengua, así como las que están en la parte superior, y a veces encontramos que es

necesario mantener esas palabras bajo nuestra lengua por completo y no dejar que salgan más. Muy a menudo tengo un símil a punto de salir, y he pensado: "Ah, es uno de tus símiles risibles, retíralo". Me veo obligado a cambiarlo por otra cosa. Si lo hiciera un poco más a menudo, tal vez sería mejor, pero no puedo hacerlo. A veces tengo un montón de ellos bajo la lengua, y me veo obligado a retenerlos. "Miel y leche hay debajo de tu lengua".

Ese no es el único significado. El cristiano debe tener palabras listas para salir de vez en cuando. Tú sabes que el hipócrita tiene palabras en su lengua. Hablamos de sonidos solemnes sobre una lengua irreflexiva, pero el cristiano tiene sus palabras primero debajo de la lengua. Allí yacen. Vienen de su corazón, no vienen de la parte superior de su lengua; no son un trabajo de servicio superficial, sino que vienen de debajo de la lengua, de lo profundo, de cosas que siente y de asuntos que conoce.

Tampoco es éste el único significado. Las cosas que están debajo de la lengua son pensamientos que aún no han sido expresados, no llegan a la punta de la lengua, sino que yacen allí a medio formar y están listos para salir, pero ya sea porque no pueden salir, o porque no tenemos tiempo para dejarlos salir, allí permanecen, y nunca se convierten en palabras reales.

Ahora bien, Jesucristo piensa mucho incluso en éstas. Dice: "Miel y leche hay debajo de tu lengua", y la meditación cristiana y la contemplación cristiana son para Cristo como la miel para la dulzura y como la leche para el alimento. Miel y leche son dos cosas con las que se decía que fluía la tierra de Canaán, y así el corazón de un cristiano fluye con leche y miel, como la tierra que Dios dio a su antiguo pueblo.

"Bien", dice uno, "no puedo encontrar que mi corazón sea así. Si me siento y pienso en Jesús, mis pensamientos giran en torno a las glorias de Su persona y a la excelencia de Su oficio, pero oh, señor, mis pensamientos son cosas tan aburridas, frías e inútiles, que no me alimentan ni me deleitan".

Ah, pero ya ves, Cristo no las estima como tú lo haces, Él se alimenta de ellas, son como miel para Él, y aunque pienses poco en tus propios pensamientos, y tienes razón al hacerlo, sin embargo, oh, recuerda, tal es el amor de Jesús, tal es Su abundante condescendencia y compasión, que las cosas más pequeñas que tienes Él las valora a un gran precio. Las palabras que no estás pronunciando, las palabras que no puedes pronunciar, los gemidos que no puedes sacar, éstos los pronuncia el Espíritu Santo por ti, y éstos Jesús los atesora como cosas escogidas y peculiarmente preciosas: "Miel y leche hay debajo de tu lengua".

V. Y por último, "**el olor de tus vestidos es como el olor del Líbano**". Las hierbas odoríferas que crecían en la ladera del Líbano deleitaban al viajero, y tal vez, aquí hay una

alusión al olor peculiarmente dulce de la madera de cedro. Ahora, las vestiduras de un cristiano son dobles: la vestidura de la justicia imputada y la vestidura de la santificación forjada. Creo que la alusión aquí es a lo segundo. Las vestiduras de un cristiano son **acciones de cada día**, las cosas que lleva encima dondequiera que vaya.

Ahora bien, éstos huelen muy dulcemente al Señor Jesús. Y aquí permítannos hablarles a algunos de ustedes aquí presentes que manifiestamente no son hijos de Dios, pues huelen a ajo de Egipto más bien que a cedro del Líbano, y hay algunos profesantes, y tal vez algunos ahora presentes, cuyo olor es cualquier cosa menos como el del Líbano. Tened cuidado, los que no vivís de acuerdo con vuestra profesión. Tenéis tristes evidencias en vuestro interior de que no tenéis posesión. Si pueden deshonorar el santo Evangelio de Cristo viviendo en pecado, tiembren, no sea que cuando Él venga en el terror del juicio, clame: "Apartaos, malditos; nunca os conocí".

Pero si son humildes amantes de Cristo, y realmente tienen sus corazones puestos en Él, sus acciones diarias son observadas por Él, y el olor de ellas es para Él tan dulce como el olor del Líbano. ¿Qué pensarían si Jesús se encontrara con ustedes al final del día, y les dijera: "Estoy complacido con sus obras de hoy"? Sé que responderías: "Señor, no he hecho nada por Ti". Dirías como los del último día: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer? ¿Cuándo te vimos sediento y te dimos de beber?". Empezarías a negar que hubieras hecho algo bueno.

Él diría: "Ah, 'cuando estabas bajo la higuera te vi', cuando estabas junto a tu lecho en oración te oí, te vi cuando vino el tentador y dijiste: 'Vete, Satanás'. Te vi dar tu limosna a uno de mis pobres niños enfermos, te oí decir una buena palabra al niño pequeño y enseñarle el nombre de Jesús, te oí gemir cuando los juramentos contaminaban tus oídos, oí tu suspiro cuando veías la iniquidad de esta gran ciudad, te vi cuando tus manos estaban ocupadas.

Vi que no eras un siervo de los ojos ni un complaciente de los hombres, sino que con un solo propósito servías a Dios al hacer tus negocios diarios, te vi, cuando terminaba el día, entregarte de nuevo a Dios, te he notado lamentándote por los pecados que has cometido, y te digo que estoy complacido contigo." "El olor de tus vestidos es como el olor del Líbano".

Y otra vez, te oigo decir: "Pero Señor, estaba enojado, estaba orgulloso", y Él dice: "Pero he cubierto esto, lo he arrojado a las profundidades del mar, lo he borrado todo con Mi sangre. No puedo ver nada malo en ti, eres toda hermosa, amor mío, no hay mancha en ti".

¿Qué harías entonces? ¿No caerías de inmediato a sus pies y dirías: "Señor, nunca conocí un amor como éste; he oído que el amor cubre multitud de pecados, pero nunca conocí un amor tan amplio como para cubrir todos los míos. Y luego declarar que Tú no puedes ver

pecado alguno en mí, ¡ah! eso es amor". Puede derretir nuestro corazón, y hacernos buscar ser santos, para no contristar a Cristo, hacernos trabajar para ser diligentes en Su servicio, para no deshonrarlo.

Me atrevo a decir que algunos de ustedes piensan que cuando los ministros predicán o van a cumplir con su deber pastoral, Cristo está muy complacido con ellos. "Ah," dice María, "yo sólo soy una pobre sirvienta, tengo que levantarme en la mañana y encender el fuego, poner las cosas para el desayuno, limpiar el polvo de la sala, hacer los pasteles y pudines para la cena, y recoger las cosas de nuevo, y lavarlas; tengo que hacer todo lo que hay que hacer en la casa; Cristo no puede estar complacido con esto".

María, puedes servir a Cristo tanto haciendo camas como yo haciendo sermones, y puedes ser una verdadera sierva de Cristo tanto limpiando el polvo de una habitación como yo administrando la disciplina en una iglesia. No piensen ni por un momento que no pueden servir a Cristo. Nuestra religión ha de ser una religión cotidiana, una religión para la cocina y para el salón, una religión para el rodillo de amasar y la toalla, tanto como para las escaleras del púlpito y la Biblia, una religión que podamos llevar con nosotros dondequiera que vayamos.

Y hay tal cosa como glorificar a Cristo en todas las acciones comunes de la vida. "Siervos, sed obedientes a vuestros amos, no sólo a los buenos y mansos, sino también a los perversos". Ustedes, hombres de negocios, no necesitan pensar que cuando están midiendo sus cintas, o pesando sus libras de azúcar, o cuando están vendiendo, o comprando, o yendo al mercado, y cosas semejantes, no pueden estar sirviendo a Cristo. Porque un constructor puede servir a Cristo al poner sus ladrillos juntos, y ustedes pueden servir a Cristo en cualquier cosa que sean llamados a hacer con sus manos, si lo hacen como para el Señor, y no para los hombres.

Recuerdo que el Sr. Jay dijo una vez que si un limpiabotas fuera cristiano, podría servir a Cristo limpiando zapatos. Debería ennegrecerlos, decía, mejor que nadie en la parroquia, y entonces la gente diría: "Ah, este limpiabotas cristiano, es concienzudo, no enviará las botas con los tacones a medio hacer, sino que las limpiará a fondo". Y así deberías hacerlo tú.

Puedes decir de cada artículo que vendes y de todo lo que haces: "Lo he hecho de tal manera que desafía a la competencia. El hombre ha obtenido el valor de su dinero, no puede decir que soy un pícaro o un tramposo. Hay trampas en muchos oficios, pero no tendré nada que ver con ellas, muchos consiguen dinero rápido adulterando en el comercio, pero yo no lo haré, prefiero ser pobre a hacerlo".

El mundo dice: "hay un sermón en la ventana de ese tendero; miren, no lo ven diciendo mentiras para inflar sus mercancías, hay un sermón allí". La gente dice al pasar: "es un hombre

piadoso el que tiene esa tienda, no puede abatir su conciencia para hacer lo que otros hacen. Si vas allí, serás bien tratado, y saldrás de su tienda y dirás: 'He gastado bien mi dinero, y me alegro de haber tratado con un hombre cristiano'".

Confíen en que serán tan buenos predicadores en sus tiendas como yo lo seré en mi púlpito, si hacen eso, confíen en que hay una manera de servir a Cristo de esta manera, y esto es para consolarlos y alegrarlos. Sobre todas las acciones de tu vida diaria el Señor Jesús mira desde el cielo y dice: "El olor de tus vestidos es como el olor del Líbano". Sé que te cuesta creer que Jesucristo se fije en cosas tan pequeñas como ésa, pero lo hace.

Dices: "Oh, pero son demasiado insignificantes". Pero, ¿no sabes que el Dios que da alas a un ángel guía a un gorrión? ¿No sabes que "los cabellos de tu cabeza están todos contados"? Dios no sólo pone alas al torbellino, y da filo al relámpago, sino que guía la paja de la mano del aventador, y dirige el grano de polvo en el vendaval vespertino. Nada te parece poco. Él observa los poderosos orbes mientras giran por el espacio, pero también te observa a ti, mientras te ocupas de tus asuntos.

Y esos pequeños vasos de agua fría que das a Su pueblo, esos pequeños servicios que haces por Su iglesia, esas abnegaciones que haces por Su honor, y esos escrúpulos de conciencia que fomentas, y que no te permiten actuar como actúa el mundo, todo esto Él lo observa, y dice: "El olor de tus vestidos es como el olor del Líbano".

Y ahora para concluir, ¿qué diremos a esto? Hace algún tiempo leí un artículo en un periódico, muy elogioso para mí, y sabes, me pone triste, tan triste que podría llorar, si alguna vez veo algo elogiándome, me rompe el corazón, siento que no lo merezco, y entonces digo: "Ahora debo tratar de ser mejor, para que pueda merecerlo. Si el mundo abusa de mí, soy un fósforo para eso, empiezo a gustarle, puede disparar todos sus grandes cañones contra mí, no devolveré ni un solo disparo, sino que simplemente los almacenaré, y me enriqueceré con el hierro viejo.

Puedo soportar todos los insultos que me inflige, pero cuando un hombre me elogia, siento que he hecho algo pobre, que me elogia por algo que no merezco. Esto me aplasta, y digo que debo ponerme a trabajar y merecer esto. Debo predicar mejor. Debo ser más serio, más diligente en el servicio de mi Maestro".

Ahora, ¿no producirá este texto el mismo efecto en ti? Cuando el Señor viene a ti, y comienza a decirte: "no eres tan humilde, ni tan orante, ni tan creyente como deberías ser", tú dices: "no me importa este latigazo," pero cuando Él viene y comienza a alabarte, y te dice que: "tus labios destilan como panal de miel, que todas tus acciones huelen a mirra, y que tu amor es mejor que el vino, y que los pensamientos bajo tu lengua son mejores para Él que el vino y la leche, ¿qué dirás?"

Oh, Señor, no puedo decir que Tú te equivocas, porque Tú eres Infalible, pero si pudiera decir tal cosa, si me atreviera a pensar que Tú te equivocas, diría: "Tú te equivocas en mí", pero Señor, no puedo pensar que Tú te equivocas, debe ser verdad. Aun así, Señor, no lo merezco, soy consciente de que no lo merezco, y nunca podré Aunque no lo merezco, si Tú me ayudas, me esforzaré por ser digno de Tu alabanza en alguna débil medida.

Trataré de estar a la altura de los grandes elogios que Tú has hecho de mí. Si Tú dices: "Mi amor es mejor que el vino", Señor, procuraré amarte mejor, para que el vino sea más rico y más fuerte. Si Tú dices: "mis gracias son como el olor del ungüento", Señor, procuraré aumentarlas, para tener muchos y grandes recipientes llenos de ellas, y si mis palabras caen como el panal de miel, Señor, habrá más de ellas, y procuraré hacerlas mejores, para que Tú pienses más en tal miel.

Y si Tú declaras que los pensamientos bajo mi lengua son para Ti como la miel y la leche, entonces, Señor, buscaré tener más de esos pensamientos divinos, y si mis acciones diarias son para Ti como el olor del Líbano, Señor, buscaré ser más santo, vivir más cerca de Ti, pediré gracia, para que mis acciones sean realmente lo que Tú dices que son.

Ustedes que no aman a Dios, puedo llorar por ustedes, pues no tienen nada que ver con este texto. Es algo espantoso que ustedes sean excluidos de una alabanza como esta; ¡que Cristo los haga entrar! Primero deben ser llevados a sentir que no son nada, luego deben ser conducidos a sentir que Cristo lo es todo, y entonces, después de eso, entenderán este texto, y estas palabras les serán dichas.